

## ¿Qué será la mujer después de la guerra?

No sé, compañeras; pero algo me hace pensar con una alegría que no he sentido nunca. Pienso que la mujer en el mañana será lo que ella quiera ser, ya que lucha por su libertad y su independencia y en esta lucha está demostrando su capacidad en el trabajo, mejor dicho, en toda clase de trabajos, con las mismas aptitudes que el hombre. Se vió en los primeros meses de la guerra en los frentes, hospitales, talleres; hoy en oficinas, fábricas de todas clases y hasta en los tranvías. Mujeres que vivían antes de la guerra esclavas unas, tiranizadas otras por los duros trabajos del campo, con el frío unas veces, otras con el calor abrasante, la mujer española era siempre la burra de carga, como vulgarmente se dice. Y la que no quería ser esto en su casa y se iba fuera, a la capital a servir, se encontraba con una señora «buenísima» que la mandaba a misa a las cinco de la mañana para que empezara a sacar brillo en el suelo a las siete, sin dejar de trabajar ya en todo el día. Lo comida era tasada y si por casualidad la veían con un periódico en la mano la decían: «fulana, haga el favor de dejar eso en su sitio, que es una falta de respeto».

Así es que las pobres mujeres se veían siempre en inferioridad respecto del hombre. Al noventa y cinco por ciento, hasta en sus mismas casas, las quitaban todo derecho de acción, porque los padres, con mucha menos cultura que los hijos, cuando alguna hija salía un poco más decidida la tachaban de loca y casquivana.

Hoy, con la guerra, todo eso acaba y las mujeres tímidas de España, también. Están demostrando al mundo entero todo lo que son capaces de ser y hacer.

La mujer de hoy lucha porque no quiere ser más esclava y con su lucha demuestra un día, otro y otro—y así lo viene demostrando cerca de un año—que, hoy en la lucha como mañana en la paz, cuando hayamos obtenido la victoria sobre los enemigos del pueblo trabajador, sabe y sabrá ponerse al nivel del hombre, pues tiene

## UN EVADIDO

Bajo un sol aplastante que quema las piedras del altozano donde está situado el puesto de mando, charlamos con el jefe del Estado Mayor de la Brigada.

Hablamos de nuestra ofensiva general, del avance de nuestro ejército, de la admirable moral de nuestros soldados, que se va superando a medida de que nuestros ataques van siendo más continuados.

Cerca de nosotros, un grupo de soldados habla y ríe con gran algazara. Entre estos hombres destaca uno, harapiento, sucio; sus pies envueltos en una especie de alpargatas, y sus manos están cubiertas de una espesa capa de grasa y suciedad. Su cara denota las fatigas y penalidades sufridas, pero sus ojos brillan con un fulgor de alegría. Es un evadido del campo faccioso.

Le sustraemos a sus nuevos compañeros y nos va relatando los crímenes que a diario cometen los fascistas, las persecuciones, encarcelamientos y ejecuciones por simples sospechas de republicanismo; los malos tratos de los oficiales a los soldados, que no cobran más que cinco o seis reales cada diez días, pues el resto se lo descuentan para «suscripciones voluntarias»; la escasez y mala calidad de rancho; los panecillos de cien gramos para todo el día; las procesiones y misas a las que todo el mundo está obligado a asistir.

En los pueblos—nos dice—, los amos son los curas y los beatos. Los obreros, a pesar de los sermones y discursos que continuamente pronuncian curas y falangistas, si salen al campo a trabajar, es obligados y custodiados por guardias civiles, a los que maneja a su antojo el cacique. Las mujeres forman largas colas a la puerta de los cuarteles para recoger las sobras del rancho, sobras que casi nunca les alcanza, porque el rancho es escaso siempre.

Los oficiales españoles—continúa diciéndonos—, están sirviendo casi de ordenanzas a los oficiales alemanes e italianos; donde hay un oficial italiano o alemán, al español sólo le toca ver, oír y callar. Las señoritas falangistas tienen que acceder a todo lo que a los oficiales de las tropas invasoras les viene en gana y es frecuentísimo presenciar cómo un hombre es apaleado en la calle por un grupo de soldados de las legiones de Mussolini, por protestar de que algún italiano se propusiera con la mujer que acompañara.

Toda la España de crímenes e injusticias, de hambre y de terror, va pasando por boca de este hombre que vió por sus ojos todo el fango que encanega el campo faccioso. — J. L. P.

capacidad, y por eso repito: La mujer en el mañana, después de nuestra victoria, será lo que ella quiera ser, puesto que por eso lucha sin descanso.

LUCIA.

**Si no ganamos la guerra, no hemos ganado nada. ¡Hay que ganar la guerra!**

## Canción del Guerrillero



Publicamos la canción que «Altavoz de Extremadura» ha dedicado a los Guerrilleros, como homenaje a estos anónimos héroes populares, que tanto están haciendo por nuestra victoria.

Por tierras de Extremadura cruza el guerrillero el frente, noche de lluvia o de luna, bomba al cinto y pulso fuerte.

Dinamita al tren le voy a poner debajo del puente donde yo me sé.

Guerrillero, guerrillero, vite, vite y no me acuerdo si fué en la primera línea o diez leguas más adentro.

Dinamita al tren le voy a poner debajo del puente donde yo me sé.

Zambombazo, zambombazo, a la M... un cuartel del Tercio; se preguntan los fascistas: ¿traerá petardos el viento?

Dinamita al tren le voy a poner debajo del puente donde yo me sé.

Guerrillero, hijo del pueblo, Extremadura te llama; ven por cosecha a los Barros y por ganado al Guadiana.

Dinamita al tren le voy a poner debajo del puente donde yo me sé.

José Herrera Peters (Música del «Vite, vite», canción popular).

**VISADO POR LA CENSURA**

**El Ejército del Pueblo ha emprendido la ofensiva. ¡Adelante hasta la victoria definitiva!**

## PIN, PAN, PUN

Franco, el generalísimo Franco, anda por el mundo, sueltas las bragas, picando entre súplicas y bravatas sus «derechos» de beligerante.

Y ¡caso curioso! Nadie se lo concede más que nosotros. Precisamente quien menos pudiera convenirle.

Porque no creo le convenga en manera alguna la prolongada serie de guantazos que el hombrécito está recibiendo desde una punta a otra de España.

A menos que, como a ciertas mujeres, le guste el «castigo».

Franco, cuando tomó Bilbao, volvióse a los suyos, enderezó la chistera de las grandes solemnidades sobre sus bucles de pollo para y proclamó: Señores, ¡hemos ganado la guerra!

En esto, numerosos pelotazos que venían de todos los frentes del pueblo, le derribaron la «bimba».

Y el pobre muñeco de pin, pán, pún metióse, corrido, entre bastidores mientras el público reclamaba a voz en grito: ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!

¿Y si el Comité de No Intervención nos diera esquinazo?

¿Y si Inglaterra dejara por un momento eso tan inglés de nadar y guardar la ropa?

Porque nadar ya se ve que nada desde «lo» de Abisinia para acá; pero ¿cree que así guarda la ropa?

Por fin Francia ha hablado sin «malastáquica», «gundomio» ni «contumelia».

¡Hombre, hombre, hombre! ¡¡¡Qué cosa más rara!!!

## ¡HASTA LUEGO!

por Martínez de León



Antonio recorría las calles de Sevilla maravillado. ¡Esto es una ciudad!—pensaba—¡Esto sí que es bonito y no mi pueblo!



Y al entrar por las estrechas callejuelas del barrio de Santa Cruz, el zapatero de la esquina lo saludó alegremente: —¡Hasta luego, amigo!



¿Vé tú? decía Antonio indignado—¿Qué cosa de Sevilla es con lo que yo no do:—¡Hasta luego!», me ha dicho ese cochino que no tiene una ma'a bofetada. mo si me conociera de algo!



Antonio pudo por fin refrenar su coraje y continuó callejuela arriba admirándose todo.



Hasta que con gran sorpresa, vió que la calle no tenía salida.



Y entonces sí que le costó trabajo pasar otra vez junto al viejo zapatero sin pegarle una «patá» a la banquilla.